

da de pronto un sonoro golpe en la tierra con todos sus huesos, entre las risas y sonrisas del carro.

Lo cómico está en el hombre barbudo que se entromete haciendo gracias y casi se destruye su individuo por el porrazo; en la señorita pispireta que llega del Boul' Miche á tomar sus primeras lecciones, y en la primera caída tiene tan mala suerte que muestra al público regocijado más de lo que hubiese podido sospecharse.

Entretanto, en lo grato de una tarde que parece primaveral, vense á través de las rejas, en la avenida del jardín vecino, las niñas que juegan al tennis, las que lanzan el diábolo, las que corren tras la rueda, las que sentadas en los bancos contemplan los juegos de las otras. El chorro de agua se alza allá lejos, en la fuente central, en cuya pila echan sus barquichuelos otros niños, barquichuelos que navegan como los barcos del mar, bajo el polvo de agua que arranca el viento de la cristalina pluma erguida. Y otros juegos pueriles hay allí cerca, junto á las reinas de piedra, no lejos de la fuente Médicis, amada de los tranquilos y de los soñadores.

Mas los patinadores son incansables. Cuando uno ha dado la vuelta por todo el vasto jardín, y oído un poco de cosas del Guignol y aun hecho una visita al museo, aún encuentra el ancho círculo de curiosos que marca los giros é idas y venidas de los sportmen y sportswomen amigos del patín rodante. Y ya la noche va cayendo y no hay fatiga para ellos. Se pensaría en una voluptuosidad especial, pues se ve que gustan de ese ejercicio como de un pecado. Hay varios skating rings en París, mas este

que tiene por techo el cielo y por vecinos los pájaros de los árboles, debe de serles singularmente satisfactorio á los patinadores.

Sarah-Nerón.

El prodigioso espíritu que se encarna en el no menos prodigioso cuerpo de la más grande de las trágicas francesas, está por realizar un nuevo avatar. Los años que avanzan y pasan han ido alejando á Theodora y á la Dama de las Camelias. La voz de oro ha adquirido timbres más graves, y la masculinización se impuso gracias al flexible talento, al talento genial. Sarah se transfiguró en el ambiguo Lorenzaccio de Musset; en el de negro vestido príncipe de Dinamarca; en el "Aiglon" de Rostand. Ahora se anuncia un nuevo "travestí", en una obra clásica. Y Sarah será Nerón en "Britannicus"; y, vencedora de la vejez, aparecerá otra vez vencedora y encantadora por la virtud suprema del Arte y de la Poesía.

Adiós á Moreas.

Adiós, Jean Moreas, grande y buen poeta, amigo poeta, que fuiste tan gentil, tan lírico y tan noble. En mi juventud pasada busco para tí una corona de recuerdos. Fué en la primavera de 1893. Yo venía loco de París, á París, por la primera vez, de paso para Buenos Aires. Me hospedaba en un hotel cercano á la Bolsa y que ya no existe, el hotel de la Bourse et des Ambassadeurs. ¿Quién me presentó á

ti, á quien tanto deseaba conocer, lleno como estaba de mis ensueños y entusiasmos poéticos? Probablemente Carrillo, que á la sazón trabajaba en casa de Garnier, colaborando en el Diccionario de Zero-lo y en otras cosas. Probablemente Alejandro Sawa, que flotaba en el ambiente parisiense como en su propio elemento, con su bella figura de bohemio. El caso es que la misma noche de nuestro conocimiento mutuo, amanecimos, con otros compañeros, en el Mercado Central, comiendo almendras verdes. Yo estaba orgulloso y contento con ser amigo íntimo del Peregrino Apasionado. No había visto aún á Verlaine. Sí á Charles Morice, con quien, no sé ya cómo, nos encontramos al amanecer en mi cuarto del hotel. Tú recitabas versos sonoramente, egregiamente, con gestos pomposos, retorciéndote de cuando en cuando los bigotes de palikaro. Me encantaba que fueses de Grecia y que te llamaras Papadiamantopoulos.

Tengo presente que junto á una mesa, Morice y Sawa examinaban dos libros que yo saqué de mi baúl, mi *Azul* y *Lives of Grass*, de Walt Witman. Yo salí á pedir café y alcoholes. Cuando volví no te encontré en el cuarto. Fui en tu busca, cuando vi toda azorada como una ninfa, á la *petite bonne* del establecimiento, que huía, y á ti persiguiéndola, con el rostro de un fauno y los brazos extendidos, al modo de Júpiter tras Dafné, é ibas, como los *satiriaux* de tus versos, *sautant par bonds*.

Después partí para Buenos Aires y publiqué allí sobre ti largas páginas que tú no viste nunca, por la sencilla razón de que no te las envié jamás. Cuan-

do retorné á París, años después, había ya blancos en tu cabellera. Volvimos á estar juntos en el amado Barrio, y á pesar del tiempo transcurrido, de tu aspecto enfermizo y de tu delgadez, tu gesto era el mismo de antaño, tu segura y generosa palabra brotaba siempre sonora y juvenil. A tu modesta morada del boulevard Bouman te había ido á buscar la gloria oficial, y así sangraba en tu solapa la cinta de la Legión de Honor. Tu *Ifigénie*, de la cual había yo publicado antes en *La Nación* una corta primicia, había sido representada triunfalmente en arenas meridionales y en teatros parisienses y europeos, en donde la voz de Silvain clamaba heroicamente tus puros alejandrinos. Habías ya, como alguien ha dicho, "agregado á Sófocles, un aire de Homero y de Virgilio". Y tú seguías, en el medio de los estudiantes y de las jóvenes frecuentadoras de Bullier, en tu querida orilla izquierda del Sena, la misma vida de tu juventud, dando á los adolescentes envejecidos, un ejemplo de constancia en la alegría y en el ensueño, con tu tabaco, tu vermouthe, ó tu cerveza, gozando con el placer de la noche, departiendo de arte y de belleza con tu compatriota Demetrius Asteriotis, ó con otros viejos amigos. Allí, en tu Vachette preferido, nos vimos la última vez. Antes te había visto frecuentar algunas tardes el Napolitain, en el grupo de Mendés y su mujer. Courteline, Silvain, Carrillo y otros menos famosos. No pasabas inadvertido, pero no eras el imperante, dado que el viejo lírico que tuvo tan mala muerte, monopolizaba las atenciones. Deseaste un sillón de la Academia, justo é inocente deseo. Y cuando es-

tabas cercano á la probabilidad de lograrlo, se te abre la tumba, como una trampa de la suerte.

Tantot semblable á l'onde et tantol monstre outel
L'infatigable feu, ce vieux pasteur étrange
(Ansi que nous l'apprend un ouvrage immortel)
Se muait, Comme lui, plus qu'a mon tour, je change.

Ya no cambiarás más. Queda tu gloria, una gloria serena y de antología. Tu nombre tendrá que pronunciarse cuando se estudie la historia de las letras francesas á fines del siglo XIX y comienzos del XX. Fuiste la probidad intelectual viviente. Fuiste modelo y espejo de poetas, por tu confianza en ti mismo, por la dignidad de tu vuelo, por tu superioridad moral sobre las miserias y pequeñeces del mundo.

Y si yo llego á la ancianidad, me he de complacer en contar á los adolescentes de mañana, privilegiados por las musas, las horas de mi amistad contigo, como un hermoso cuento. Adiós, Jean Moreas, grande y buen poeta, que fuiste tan gentil, tan lírico y tan noble!

¡Que el juego te haya sido propicio!

El doctor Doyen ó la justa malquerencia.

El doctor Doyen es famoso. Tiene, pues, enemigos. El doctor Doyen es un cirujano prodigioso. Tiene, es claro, enemigos. Es dueño de una fábrica de champaña. Tiene muchos enemigos. Tiene unas amiguitas de belleza renombrada. Tiene muchísimos enemigos. Tiene y gana enormemente dinero.

¡Tiene innumerables enemigos! Ninguna malquerencia más justa.

Se le acusa, pues, por su fama, por sus operaciones, por su champaña, por sus amiguitas y, sobre todo, por su dinero. A pesar de todo, él continúa impertérrito, escribe en los periódicos, tiene un duelo quijotesco, y ahora da una conferencia en el Odeón, sobre "Le malade imaginaire" de Molière. Ha operado bien. La dirección de la pieza ha estado perfectamente hecha, y el personaje principal ha resultado á la moderna, un neurasténico. Luego, presenta la cuestión de si el tipo molieresco es una invención escénica, ó la representación de un personaje de carne y hueso que Molière conociera. Doyen opina esto último. "Pero, dice, los médicos de Molière... debería decirse más bien, los médicos del tiempo de Molière, pues su ciencia dejaba mucho que desear. Desde luego, los médicos de la época de Molière eran ya los enemigos de toda innovación."

En el entreacto que precede á la representación de *Le malade imaginaire*, pláceme ir por el foyer, por los pasillos, donde se apiña una excelente concurrencia, en la cual hay muchos médicos. Y crítica por aquí, pinchazo de bisturí por allá, sonrisas sarcásticas acullá... ¡Envidiosos!

En el Louvre.

Entre las oleadas de gentes que recorren las salas del vasto museo, acabo de ver pasar á Gabrielle d'Annunzio con dos amigos. Se han detenido en la escuela española delante del nuevo Greco.

Luego noto la presencia de una figura conocida. El fieltro con el ala doblada verticalmente, la tez de buen color sonrosado, los ojos vivos, la larga pera blanca que cae sobre el pecho erguido, todo el aspecto con algo de militar, de mundano y de artista. A poco estoy hablando con el personaje. Es el general Mansilla. Y como se acercan los doctores hispano-americanos Debayle y Amoedo, todos escuchamos al admirable conversador, que habla largamente.

Dos autoridades en la materia, Maurice Barrés y Robert de Montesquiou, han alabado como se debe el don de la palabra florida, oportuna y espiritual en este argentino, que es una de las personalidades más parisienses. Bien colocado está en el todo París que representaron de bulto recientemente Sem y Rouville.

Todavía se le siente fuerte á pesar de los embates del tiempo. Se impone á las dolencias. Muestra su voluntad de vida. Se ve como un bello ejemplo para los jóvenes. Lleno de años, conserva su famosa elegancia masculina. No se refugia en el encierro como un Sagán. Pasea, goza del aire libre de que siempre gustaron su alma libre y su cuerpo sano. Y aún parece que en la galantería misma, listo estaría el mismo Eros para decirle: "Presente, mi general!"

Y su memoria... Me recuerda, en esos instantes de conversación, mi llegada á Buenos Aires, la comida que me dió en su casa, á la cual asistían, entre otros amigos, el doctor Celestino Pera; lo que me dijo, en dilatado y sapiente y ameno decir, una tarde, en la plaza de Mayo, sobre el espíritu argentino,

sobre el pasado, el presente y el porvenir argentinos. Y el prodigioso general me repite los mismos conceptos de antaño, y nos asombra su buen humor, su facundia correcta, su incomparable don de gentes. Su hablar va matizado de anécdotas, adornado de citas, florido de ocurrencias.

Los tres que le escuchamos estamos encantados. Los franceses que pasan lo miran con interés y curiosidad. Nos cuenta de su último libro, y de sus *Memorias*, que no serán publicadas hasta después que se vaya del mundo. Deja á su albacea encargo de que si algo encontrase que crea que no se debe publicar, lo destruya, porque "demasiados malquerientes tenemos en vida para ir á aumentarlos después de la muerte".

Y nos separamos de él alabándole y deseando para nosotros una vejez, no verde, sino como ésa, dorada y de color de rosa.

Rémy de Gourmont y la gloria.

Nosotros admiramos á Remy de Gourmont en la América latina, conocemos, quién más quién menos, su obra. En el mundo intelectual norteamericano es igualmente conocido y admirado. Guillaume Apollinaire cuenta que en Inglaterra, donde pasó algún tiempo en 1904, le preguntaban: —"¿Conoce usted á Remy de Gourmont? ¿Cómo es? ¿Que dice?"—Y él contestaba: —"Remy de Gourmont, cuando está en su casa, anda vestido con un hábito color carmelita... Vive entre libros y grabados de todas las épocas... Apenas habla."

¡Estas mujeres!

Siguiendo á las alborotadoras inglesas, he aquí que también en esta Francia del encanto femenino las mujeres quieren votar, y quieren ir al Congreso. Tengo á la vista unas cuantas fotografías de esas políticas. Como lo podreis adivinar, todas son feas; y la mayor parte más que jamonas. El feminismo les ha encendido el entusiasmo. Hay que hacer algo más que murmurar, pirografiar, ó criar gatos y perros. La primera en presentarse candidata ha sido Mme. Marguerite Durand, señora de cierto talento y actividad, fundadora de la desaparecida "Fronde", con sus letras, su facilidad de palabra y su frescura. Para reforzar sus argumentos en favor del voto femenino, presentó en una conferencia á un idiota, cosa que no todos los espectadores le agradecieron. Como en París hay entre la mayoría de las mujeres mayor delicadeza y buen gusto que en Londres, creo que no veremos aquí los escándalos, ya groseros, ya cómicos, de las sufragistas británicas. Pero todo puede suceder, aunque el ridículo en la vida parisiense mata toda incongruencia.

Que las mujeres persisten en querer hacer muchas cosas que hacen los hombres y que hay algunas que superan la competencia masculina: perfectamente. Está mejor Mme. Paquin que M. Paquin en la fábrica de trajes. Y si Mme. Curie sabe tanto como M. Curie, según lo demuestra, bien está, con el aplauso de todos, en su cátedra. Sarah Bernhardt merece la Legión de Honor, como artista,

más que cualquier afeitado ó barbudo m'as-tu-vu de la Comedie Française. Una que otra virago se ha distinguido en exploraciones é incursiones por tierras salvajes ó lugares inaccesibles. Nada hay que argüir en contra. Las pintoras de la legión y las novelistas y poetisas ya no pueden contarse. Se dedican á esos sports como á cualquier otro, y hay musas muy recomendables. Pero estos marivarones—suavicemos la palabra—que se hallan propias para las farsas públicas en que los hombres se distinguen y que, como la Durand, se adelantan á tomar papel en el sainete electoral, merecen el escarmiento.

¡Si viviese el Condestable Barbey!

Gracias á Shakespearé podemos aceptar las abogadas. ¡Pero las alcaldesas, diputadas y senadoras! Ello pasa de lo aristofanesco. De un Aristófanes para apaches es la escena que ocurrió días pasados. Pronunciaba la citada candidata uno de sus discursos de propaganda, cuando un hombre del pueblo gritó desde su asiento:

—¿Quiénes van á remendar ahora los calcetines?

A lo que respondió la aludida:—Los remendarán los que los usen. Y una de las partidarias de la Durand, dirigiéndose á esta:

—No le haga caso. Ese que habla seguramente no usa calcetines.

Y el truhán, esforzándose por quitarse sus gruesos zapatos: —Ahora van á ver si los uso ó no los uso.

¿En eso vamos á parar con el sonado feminismo?

Un escritor discreto, M. Balby, acaba de decir:

“Hemos vivido veinte siglos con la idea, que parecía decisiva, de que nuestras mujeres, nuestras asociadas, nuestras *ménagères*, tenían por tarea principal velar por el hogar, por la casa, por el *home*; trabajar á su manera por el bien de la comunidad. Ciertamente, la ley, hecha por los hombres, era mal hecha, injusta, oprimía á la mujer, no le dejaba ninguna libertad y ni aun el derecho de disponer de su salario. Y la campaña feminista, que reclama la supresión de esos abusos, tuvo el apoyo, la aprobación de todos los hombres que no eran ni egoistas ni tiranos. Pero, cuando esas damas pretenden todos los derechos y rehusan todos los deberes, cuando quieren encargarnos de remendar los calcetines, ellas que no sabrían y no podrían dedicarse al trabajo del hombre, á su esfuerzo físico é intelectual, nos muestran el fondo de sus sentimientos. ¿Qué son ellos?—Nada.—¿Qué quieren ser?—Todo. A los hombres toca saber si aceptarán esa resolución.

Muy discreto esto. Pero podía fijarse M. Balby en que las propagandistas son solamente unas cuantas, viejas y feas. Las pocas jóvenes y algunas guapas, si lo hacen, lo hacen por divertirse. Las demás mujeres, de belleza ó de gracia, seguirán ejerciendo el único ministerio que la ley de la vida ha señalado para ellas: el amor en el hogar, ó el amor en la libertad.

La prensa de París.

Leer la prensa de París es un placer... Reposo, tranquiliza el espíritu, oh manes de Janin, de Scholl, de Villemessant, de Ignotus. Ved los asuntos de un número de diario: El crimen desbordado. El tribunal correccional juzga cincuenta asuntos por día. Hay cerca de mil cuatrocientos procesos retardados. No se encuentran jueces de instrucción. Cada uno tiene que estudiar ciento veinte causas á la vez. —El cabo Deschamps cuenta cómo se hizo traidor, se robó una ametralladora con secreto especial y fué á venderla á los alemanes.—Llegan los ecos de los últimos disturbios del Mediodía.—Al asesino de las panaderías de Bar-le Duc, se le prueba cómo también asesinó á su abuela.—El asunto de Duez, el ladrón de millones, continúa su curso.—El conde d'Aulby, que ha estafado á una sonsa yanqui, que quería á su vez estafarle comprándole cuadros de Velázquez, de Tenniers, y otras firmas así, por cuatro reales, confiesa que no es conde, ni gran Maestre de la orden de Melusina, sino hijo de un sastre y una jardinera de Londres. Sin embargo tenía castillo, y frecuentaba, como otros rastacuecos, el gran mundo del flirt, del bridge y de las bodas fáciles, trasatlánticas é intercontinentales.—El Dr. Doyen, que iba á inaugurar un curso “libre” de anatomía, es gritado é insultado por una turba, y no puede dar su lección. El mismo lo explica.—“La cábala, dice, que se ha urdido contra mí, para impedirme hablar, es la obra de algunos galopines, empujados por los preceptores y jefes de trabajo

de la Escuela práctica. Fueron reconocidos entre los alborotadores muchos preceptores, "agregé" y otros interesados en la cosa. Incapaces de dictar un curso, con su anfiteatro vacío, tienen por objeto en la vida molestar á los verdaderos trabajadores que quieren hacer conocer los resultados de largas y laboriosas investigaciones. Mi intención, á pesar de todo, es continuar mi curso y mis lecciones en otro local, pues la Facultad está contra mí. Los apaches de ayer no recomenzarán, pues yo tendré mi policía especial. Hay que agregar que durante el tumulto de ayer, fueron robados relojes y portamonedas. ¡Precioso cerebro del mundo! A otro caso. —Un sátiro, nuevo Soleilland, estrangula y viola á una niña. —Se detallan varios asesinatos y asaltos. —Hay una larga lista de aplastados por camiones y automóviles. Y dejo sin citar otras cuantas noticias encantadoras para los neurasténicos. Sin contar con "Zigomar" y otros folletines de robos, escenas macabras y las usuales prostituciones. Felizmente que existen el *Temps* y algún otro diario, en que se da también cuenta, aunque sea en cuatro líneas, de lo que hacen los hombres que conquistan el aire, de lo que hace Mme. Curie, d'Arsonval, los sabios de la orilla izquierda del Sena —mientras el pulevar hierve y echa su vaho.

El Burro pintor.

Fábula que acaba de acontecer. Exasperados unos cuantos hombres de pluma, de pincel, de buen humor y de pésimas intenciones, de ver cómo

todos los años en el salón de los "Independants", unos cuantos sofisticadores cabelludos y otros cuantos ignorantes atrevidos, entre algunos innovadores de talento que pierden naturalmente, con la vejez, exponen "croutes", innominables y mamarrachos indescriptibles, ante los cuales no faltan zopencos que creen ver lo invisible y adivinar el ombligo del símbolo; aquellos hombres, digo, de pluma, de pincel, de buen humor y de pésimas intenciones, fueron á un café de Montmartre en cuyo patio hay un burro, ataron á la cola de éste un pincel, colocaron hábilmente la tela preparada, y colazo va y colazo viene, mojado el apéndice en colores vivos y distintos, resultó un cuadro de un ultraimpresionismo de hacer aullar perros de piedra. Antes habíase lanzado un manifiesto como el de los pintores amigos del poeta Marinetti. Y al asno, que se llama Lolo, se le hizo aparecer como jefe de la escuela Excesivista, con el nombre italiano de Joaquín Rafael Boronali, Boronali, Aliborón anagramado. Todo bajo el amparo de la vieja alegría gala y el patronato del cura de Meudon.

El cuadro del burro se expuso en el mentado Salón de los Independientes. Más independencia, no puede seguramente haber. Charles Morice y otros varones apasionados del arte han protestado por la ocurrencia de los desenfadados. Pero las gentes han reído, y los organizadores del Salón de los Independientes han recibido una buena indicación.

Y uno de los artistas que exponen juntos con Boronali, han tenido sin embargo la mejor palabra risueña:

—Es verdad—ha dicho—que este año en nuestro salón hay un cuadro de un burro. Pero en los salones oficiales hay cuadros, no de uno, sino de mil burros“.

Y como es quien ha reído el último, es quien ha reído mejor. Y un humorista ha puesto en boca del cuadrúpedo, reflexiones como éstas:—Puedo rebuznar; ahora he conocido la gloria... He gustado de las vanidades humanas y he encontrado que tienen menos sabor que los cardos...

Cuando París supo por las gacetas que el jefe de la escuela Excesivista pacía hierba sobre la "butte" Montmartre, las muchedumbres subieron en filas apretadas. Las gentes venían por centenares á admirarme. Los unos acariciaban mi flaco espinazo, los otros me ofrecían golosinas, muchos, en fin, discutían sobre pintura por la primera vez, no habiéndose ocupado nunca de pintura, almas simples, hasta que un pollino se puso á pintar con la cola. Desde luego, gracias á mi cuadro, el Salón de los Independientes, triste amontonamiento, ha conocido este año la boga y ganado admirables entradas, que no me agradece. Lo que me ha complacido sobre todo es que se han escrito al respecto cosas muy divertidas. No hay una sola gaceta, desde *Le Figaro* hasta *L'Avenir du Sénégal* y *Le Moniteur des Iles Fidji*, que no haya filosofado sobre mi caso. Todo el mundo ha reído, me dicen, menos cierto periodista de un diario, quien, no habiendo comprendido, expresó palabras severas. Esto no me disgustó, pues es bueno en una fiesta contar con un hombre furioso, pues su cólera intempestiva

aumenta la hilaridad de los otros. Cierta crítico ha querido compararse con Homero, cosa que me ha complacido. Otro crítico ha escrito que prefiere mi pintura á la de Turner, cosa que me ha sorprendido. Ya sé ahora en qué consiste la pintura para muchas gentes: consiste en colocar en un cuadro, de preferencia dorado, una tela untada de colores variados. Siempre se encuentra un público que admire. Los embadurnadores que llenan el Salón des Independants y ahogan con sus producciones, que se podrían atribuir á geómetras dementes, las obras notables con que justamente se enorgullece esta exposición, han hecho mal en enojarse. No había entre ellos sino un asno más“. Y agrega el humorista, que habiendo empezado á andar el jumento, le preguntó:

—¿A dónde vas, Boronali?

—“Voy á juntarme, en la historia gloriosa de los hombres, con el caballo negro de Boulanger“.

Hubiera podido agregar que con la burra de Balaam, con su colega de Turmeda, con el asno de Kant, con el de Victor Hugo. Y, para no ir tan lejos, á la Porte-Saint-Martin, á hacer figura entre los animales de "Chantecler“.

A propósito de Mme. de Segur.

Acompaño al caballero que lleva á respirar el aire sano de mi predilecto jardín del Luxemburgo, á sus dos hijos, lindos como flores, un niño y una niña, ambos de cabellos castaños y oscuros, y ojos tan grandes, dulces y brillantes, que agregan alegría al día.

063164

Pasamos cerca del monumento hace poco inaugurado, en memoria y honor de la señora de Segur, "nacida Rostopchine", á la que tanto debe la imaginación y la complacencia de varias generaciones de niños.

— Ya no se leen esos cuentos, casi — dijo mi amigo.

Le contesté que si no se leen tanto como antaño, la culpa es de los padres, que han substituído á los amables personajes de los cuentos viejos con los héroes de aventuras policiales de Conan Doyle y otros Lupines de París. Los niños saben ahora de cotillones, de partidas de bridge, de aeroplanos, y se interesan en los puñetazos yanquis del negro Johnson y del blanco Jeffries.

— No los míos — me contestó mi amigo. — Sin que yo les deje de dar una instrucción que les mantenga al tanto de los adelantos de su tiempo, ellos conocen bien su Perrault, sus Mil y una noches, su madame Leprince de Beaumont. Y las historias tan sabrosas y honestas de esta señora, cuyo busto acabamos de ver en ese rincón apacible rodeado de verdores. Ahora que estudian inglés, quisiera yo encontrar un libro de cuentos como aquéllos.

— Los hay — le dije — y preciosos y sabrosos. Cómpreles usted esos admirables álbumes que ilustraron artistas ingeniosos y aun geniales, que pusieron sus almas en contacto con las almas infantiles y supieron interpretar gráficamente las creaciones de los soñadores. Los ingleses han ofrecido á sus niños las prosas y los versos sencillos y graciosos, con las imágenes que son el encanto de los ojos.

Cómpreles usted *The Three Jovial Hunstmen*, con las figuras ligeras y humorísticas de Caldecot y verá cómo se perfeccionan en su inglés sonriendo. Cómpreles *The babys's opera* ó *The baby's own Aesop*, en los que Wálter Crane ha fabulizado con el lápiz. Verán las cosas de Esopo armoniosas y claras. Así, como cuando las ranas piden rey:

The frogs prayed to Jove for a king,
Not a love, but a livllier thing.

Jove sint them a Stork
Who did royal work
For hi gobbled them up did their king.

Y allí está la cigüeña coronada tragando ranitas, á orillas del charco. Pero, si quieren ver á las ranitas alegres y danzantes, entonces,

«O! there is swet music on yonder green hill, O!
And you shall he a dance, adancer in yellow.
All in yellow, all in yellow!»
Said the crow to the frog, and then. O!
«All in yellow, all in yellow».
Said the frog to the crow again. O!

Y Wálter Crane hace bailar á una ranita, y otra ranita toca la bandola y otra la pandereta. Y en otro cuaderno, el mismo artista les hará ver "cuando estos chanchitos van al mercado", y cuando "este chanchito grita: wee! wee!". Y otros cuantos cuadernos más en que hay cosas de bella caballería y cuentos de abuelas. Y si se trata de las donosuras que pintara el inolvidable Kate Greenaway, allí está la Guirnalda para el jubileo de la reina Victoria, ó "Mother Goose", ó "A day in a child's life", donde hay versos de cantar con música de Foster:

March, march away!
 March, march away!
 To the play-ground lead the way!...

Pues ¿y "Sing a Song for six pence", con los niños y pájaros dibujados por Caldecott? ¿Y las cosas de hadas de Anning Bell?

Y luego le digo á mi amigo que busque para sus niños un librito, que escribiera en excelente inglés una pluma hispano-americana, "Tales to Sony", por Santiago Pérez Triana. He allí un joyel pueril, unas cuantas páginas que un escritor de diplomacias y asuntos de estado, que es también un poeta y un culto espíritu, escribiera en idioma de papá, dedicadas á un su Santiaguito bautizado Sonny en el hogar, según tengo entendido, por su madre norteamericana.

Era en tiempo en que se arrancaban la vida rusos y japoneses allá por la Manchuria, y en el apacible Retiro madrileño, el padre y el niño hermoso de largos cabellos, conversaban. El padre le hacía cuentos, tal el dios Hugo á sus nietos.

Y el niño los oía en el inglés maternal, que su padre conoce y habla como su propia lengua. Esos cuentos fueron después escritos y publicados en Londres por Anthony Treberne Co. Ltd., ilustrados con gracia por Dorothy Furniss, y con cuatro palabras de prefacio del autor.

Son seis las narraciones: "The little stream of water" habría hecho sonreír de complacencia á San Francisco de Asís, puesto que en él dialogan un niño y la hermana agua en su forma de arroyuelo. Y la palabra del arroyuelo enseña á Sonny algo de la

filosofía del mundo y mucho de la grandeza de Dios sencillamente. "Minnie and Billie" trata de dos niños-pájaros que vuelan y hablan. Billie es el pajarito y Minnie la pajarita.

Hablan como saltando de rama en rama.

"What is your name?"

My name is Minnie".

"Oh! what á pretty name!"

"Do you thinky so?"

"Indeed I do."

Así hablan. Y luego, con la inocencia natural, tratan de fabricar un nido. Y el nido se hace, no en la casa de la escuela, no en la torre de la iglesia, sino en un árbol, junto á otros árboles que tienen otros pájaros. Y luego se sabe de los huevos salen los pajaritos. Así cuando una tarde vuelve Billie á su nido, encuentra, de cuatro huevos, cuatro pajaritos "that just could call hun papa". Y tuvo mucho contento en su corazón.

En "Mrs. Lyon's party" animales diversos parlan como en las antiguas fábulas. Tal se expresan las ocurrencias de Mr. Fox, de Mr. y Mrs. Bull, de Mr. Ox, de Mr. Rhinoceros, de Mr. Tiger, del siempre ilustre Mr. Ass. Es una variante ingeniosa del famoso cuento de los Músicos de Bremen.

El narrador pone también su lección histórica en la amenidad del divertimento. De este modo en *The galleon* trata de la antigua ciudad de Cartagena de Indias, grata al poeta Heredia. Y cuenta de sus cuarenta y ocho fortalezas llenas de cañones y de su hermosa bahía. Y dice de los buenos españoles del descubrimiento, y de los rapaces que les ro-